

Reseña de *El tiempo vivido. Estudios fenomenológicos y psicopatológicos*
de E. Minkowski

JACQUES M. LACAN¹

⁽⁴²⁴⁾Obra ambiciosa y ambigua. Así la califica el lector, una vez cerrado el libro. Esta ambigüedad, ya manifiesta en la bipartición de la obra, se revela más íntimamente en el sentido doble de cada una de sus dos partes: un primer “libro” sobre el “aspecto temporal de la vida”, cuyo aparato fenomenológico no alcanza a justificar los postulados metafísicos que reconocemos en él; otro libro sobre la estructura de los trastornos mentales, en especial sobre su estructura espacio-temporal, cuyos análisis, preciosos para la clínica, deben su agudeza a la coerción ⁽⁴²⁵⁾que ejerce sobre el observador el objeto tratado de espiritual por su meditación.

Estas contradicciones íntimas equivaldrían a un fracaso, si el elevado nivel de la obra nos asegurase que ese fracaso es inherente a la ambición, queremos decir, ligado a la fenomenología de esta pasión, a su estructura cargada de enigmas para nosotros. Una vez revelada esa ambición, ¿pediremos su fórmula a esas auténticas confidencias, en las que la obra revela la personalidad del autor? De ellas retendríamos esa evocación, a propósito de la última obra de Mignard (p. 143), “de una síntesis de su vida científica y su vida espiritual –síntesis tan rara en nuestros días, en los que se ha vuelto costumbre levantar una barrera infranqueable entre la supuesta objetividad de la ciencia y las necesidades espirituales de nuestra alma–”.

Queremos apoyarnos en este punto para efectuar nuestra crítica, reclamando para ella el derecho a restituir la barrera evocada, que desde luego para nosotros no es infranqueable, pero que constituye el signo de una nueva alianza entre el hombre y la realidad. Por lo tanto, examinaremos sucesivamente el triple contenido de la obra –la

¹ Esta reseña de una obra de Eugène Minkowski: *Le temps vécu. Études phénoménologiques et psychopathologiques* [El tiempo vivido. Estudios fenomenológicos y psicopatológicos], París, Coll. de l'Évolution psychiatrique, fue publicada con el título *Psicología y estética* en *Recherches philosophiques* [Investigaciones filosóficas], 1935, fac. 5, pp. 424-431. La paginación original queda asentada en el cuerpo del texto entre paréntesis. Traducción al castellano de Agustín Kripper.

objetivación científica, el análisis fenomenológico y el testimonio personal–, cuya síntesis, de existir, deberá ofrecerla el propio movimiento de nuestro análisis.

La contribución científica concierne a los datos de la patología mental. Sabemos cuán imperfecta es su objetivación todavía. Aquí hallaremos contribuciones preciosas para su progreso, sobre todo porque este trabajo es una excepción al estado actual de la producción psiquiátrica en Francia. En efecto, el conjunto de las comunicaciones hechas en las ilustradas sociedades oficiales, no ofrece a quien su profesión obliga hace ya muchos años a una información tan desesperante, otra cosa que la imagen de las más miserables de las estancaciones intelectuales.

Consideran una actividad científica válida la mera yuxtaposición, en un “caso”, de un hecho de la observación psicopatológica y un síntoma generalmente somático y clasificable dentro de la categoría de los signos llamados orgánicos. El alcance exacto de semejante trabajo queda suficientemente calificado al constatar con qué clase de observaciones se contentan. Su inanidad es garantizada por la terminología, que basta a los observadores para señalarla. Esta terminología depende íntegramente de esa psicología de las facultades que, fijada en el academicismo cousiniano, no fue reducida por el atomismo asociacionista en ninguna de sus abstracciones irremediamente escolásticas: de ahí esa verborrea sobre la imagen, la sensación, las alucinaciones; sobre el juicio, la interpretación, la inteligencia, etc.; sobre la afectividad finalmente, la última venida, la tarta de crema,² un momento de una psiquiatría avanzada, que hallara en ella el término más propicio para cierto número de escamoteos. En cuanto a los síntomas llamados orgánicos, son los que, en la práctica médica corriente, parecen estar dotados de un alcance totalmente relativo al conjunto del cortejo semiológico; ⁽⁴²⁶⁾es decir que, raramente patognomónicos, son generalmente probabilísticos en diversos grados. Por el contrario, en cierta psiquiatría adquieren un valor de tabú que hace de su simple hallazgo una conquista doctrinaria. Cada hallazgo semejante es considerado como un paso en la tarea de “reducir la psiquiatría al marco de la medicina general”. El resultado de esta actividad ritual es que el método –a saber, ese aparato mental sin el cual incluso el hecho presente puede desconocerse en su realidad– aún se encontraría en la psiquiatría en el punto –meritorio desde luego, pero superable– al que lo habían llevado

² [Expresión tomada de la obra de Molière *L'École des femmes* (acto 1, 96 ss.) y que significa, según da a entender el dramaturgo, hablar con una “extrema ignorancia”. N. del T.]

los Falret, los Moreau de Tours, los Delasiauve, si no fuera por los trabajos de algunos raros investigadores que, como un Pierre Janet, se encuentran bastante curtidos en la filosofía implícita que paraliza la psicología de los médicos, como para poder remontarla liberándose de sus términos. Así, la formación filosófica cuyo papel, cuyo tiempo y cuyos frutos anteriores Minkowski procura situar en su propia biografía, lo ayudó en gran medida a distinguir los caracteres reales de los hechos que posteriormente le ofreciera una experiencia clínica cotidiana.

La novedad metódica de las distinciones del Dr. Minkowski es su referencia al punto de vista de la estructura, punto de vista lo bastante ajeno, al parecer, a las concepciones de los psiquiatras franceses, como para que muchos todavía lo consideren equivalente a la psicología de las facultades. Los hechos de estructura se revelan al observador con esa coherencia formal que muestra la conciencia mórbida en sus diferentes tipos y que en todos ellos une de manera original las formas que se apoderan de la identificación del yo, de la persona, del objeto –de la intencionalización de los impactos de la realidad– y de las aserciones lógicas, causales, espaciales y temporales. No se busca en absoluto registrar las declaraciones del sujeto que, como sabemos desde hace tiempo (quizá éste sea uno de los puntos de ahora en más admitidos por la psicología psiquiátrica), sólo pueden ser, por la naturaleza propia del lenguaje, inadecuadas a la experiencia vivida que el sujeto intenta expresar. Más bien, a pesar de ese lenguaje, se busca “penetrar” en la realidad de esa experiencia, captando en el comportamiento del enfermo el momento en el que se impone la intuición decisiva de la certidumbre o bien la ambivalencia suspensiva de la acción, y reconociendo con nuestro asentimiento la forma en la que ese momento se afirma.

Concebimos cuánta importancia puede tener el modo vivido de la perspectiva temporal en esa determinación formal.

Un bello ejemplo del valor analítico de ese método es brindado por Minkowski en un notable estudio de “un caso de celos patológicos sobre un fondo de automatismo mental”, reproducido aquí de los *Anales médico-psicológicos* de 1929. No hay ninguna demostración más ingeniosa y convincente del papel de molde formal que el “trastorno generador” (a saber, en este caso, ante todo el síntoma llamado *transitivismo*) cumple para los contenidos pasionales mórbidos (sentimiento de amor y, sobre todo, ⁽⁴²⁷⁾de celos) y para su manifiesta desinserción de la realidad tanto interior como objetal.

Esta brillante observación serviría para convencernos de que no podemos comprender la verdadera significación de una pasión mórbida, tan insuficientemente señalada por una rúbrica proveniente de la experiencia común (celos), sin penetrar en su organización estructural.

Mucho más podemos lamentar que el Sr. Minkowski se esfuerce tanto por excluir de la explicación de ese caso, como algo artificial, toda comprensión genética a través de la historia afectiva del sujeto. En el caso relatado, el más favorable de sus lectores no podrá más que quedar impresionado por la conformidad significativa entre los recuerdos traumáticos de la infancia (traumatismo libidinal electivo en el estadio anal y fijación afectiva a la hermana), el trauma reactivador de la adolescencia (el hombre que ama se casa con una amiga de ella) y los modos de identificación afectiva en forma de falsos reconocimientos y transactivismo, que la hacen sentirse despersonalizada en beneficio de las mujeres de las que tiene celos, así como creer en la existencia de relaciones homosexuales entre su marido y sus amantes. Más impresionante aún es ver cómo la emergencia de recuerdos infantiles en la conciencia, coincide con una relativa sedación de los trastornos.

Por lo demás, debido a su posición abiertamente hostil al psicoanálisis, el Sr. Minkowski tiende a establecer, en la investigación psiquiátrica contemporánea, un nuevo dualismo teórico que él desligaría de la oposición perimida entre el organicismo y la psicogénesis, y que ahora opondría, por un lado, la génesis que llama *ideo-afectiva*, propia de los complejos que el psicoanálisis ha definido, a por otro lado, la subducción estructural, que considera tan autónoma que llega a hablar de fenómenos de *compensación fenomenológica*.

Una oposición tan excluyente sólo puede ser esterilizadora.

Nosotros mismos, en un trabajo reciente, intentamos demostrar que el complejo típico del conflicto objetal (la posición “triangular” del objeto entre el tú y el yo [*le toi et le moi*]) es la razón común de la forma y del contenido de lo que llamamos *conocimiento paranoico*.

Tampoco creemos que el destino del hombre de “manejar los sólidos” sea esencialmente lo que determine la estructura sustancialista de su inteligencia. Más bien, esta estructura parece estar ligada a la dialéctica afectiva que lo lleva de una asimilación egocéntrica del medio al sacrificio del yo a la persona del otro [*autrui*]. Por lo tanto, el

valor determinante de las relaciones afectivas en la estructura mental del objeto llega muy lejos. Creemos que la elucidación de esas relaciones debe ser axial para apreciar con justeza las características del tiempo vivido en los tipos estructurales mórbidos. Nos parece que una consideración aislada de esas características no permite advertirlas todas ni diferenciarlas. De ahí la función un poco dispar de las diversas perturbaciones de la intuición del tiempo en las entidades ⁽⁴²⁸⁾nosográficas donde se estudian en esta obra: en una parte, la perturbación aparece en la conciencia y es descrita como un síntoma subjetivo por el enfermo que la padece; en otra parte, por el contrario, es deducida como algo estructural del trastorno que la expresa muy indirectamente (melancolías).

La subducción del tiempo vivido parece ser muy fundamental –y, sin duda alguna, estar destinada a acrecentar la clínica con distinciones esenciales– sólo en los estados depresivos: de ahora en más, podemos considerar que estos estados se han enriquecido con cierto número de tipos estructurales (pp. 169-182, 286-304).

Por otra parte, no podemos más que agradecer al Sr. Minkowski el haber demostrado la fecundidad analítica de la entidad, ante todo estructural, despejada por Clérambault con el nombre de automatismo mental. Los bellos trabajos de este maestro superan con mucho, en efecto, el alcance demostrativo de la verdad “organicista” a la que él mismo parecía querer reducirlos y en la que algunos de sus alumnos se encierran aún.

Por lo demás, en este trabajo de ciencia –la cual es una obra común– el Sr. Minkowski insiste en rendir homenaje a todas las personas cuyas perspectivas, a su parecer, han contribuido a la exploración del tiempo vivido en los psicópatas. Obtenemos muy buenas exposiciones de los trabajos de la Sra. Minkowska, el Sr. Frantz Fischer, los Sres. Straus y Gebattel, el Sr. Greef y el Sr. Courbon. Tal vez el conjunto pierda en valor demostrativo lo que así gana en riqueza y su idea se afirme más en la medida en que, en las estructuras mentales mórbidas, los trastornos del tiempo vivido son un carácter demasiado accesorio como para utilizarlos de un modo no secundario en una clasificación natural de estas estructuras (véase el corto capítulo titulado: “Algunas sugerencias sobre la cuestión de la excitación maníaca”, y cotéjeselo con el gran estudio de Binswanger sobre la *Ideenflucht* [fuga de ideas] aparecido en los *Archivos suizos*).

La realidad es que se pedirá a la atención del psiquiatra en contacto clínico con el enfermo, que de ahora en más profundice en la naturaleza y las variedades de esos trastornos de la intuición temporal.

Al incorporar ese aspecto al análisis integral de las estructuras, el porvenir mostrará su verdadero lugar en la gama de formas de subducción mental, cuyo estudio debe ser un pilar de la antropología moderna.

Por lo demás, esa antropología no podría consumarse en una ciencia positiva de la personalidad. Las fases evolutivas típicas de la personalidad, así como su estructura noética y su intencionalidad moral, debe proporcionarlas una fenomenología, como nosotros mismos afirmamos en su debido momento. Por eso el Sr. Minkowski tiene buenas razones para haber buscado las categorías de su investigación estructural en un análisis fenomenológico del tiempo vivido.

El término fenomenología, nacido en Alemania –al menos en el sentido técnico con el que ha ocupado un lugar en la historia de la filosofía–, desde que se lo liberara de las condiciones rigurosas de la *Aufhebung* husserliana, engloba muchas especulaciones “comprendivas”.

⁽⁴²⁹⁾Asimismo, desde que en Francia se lo admite en la categoría de una de esas monedas sin garantía de cambio que constituye cada término del vocabulario filosófico –por lo menos, mientras sigue vivo–, el uso de ese término ha quedado impregnado de una incertidumbre extrema. La obra del Sr. Minkowski tiende a fijar ese uso, pero en el modo práctico del intuicionismo bergsoniano. De este modo, entendemos que se trata menos de un conformismo doctrinario que de una actitud, diríamos casi de un tópico irracionalista, cuyas fórmulas nos parecen algo anticuadas, así como bastante escolares las antinomias razonantes de las que deben alimentarse sin cesar (cf. el capítulo sobre la *sucesión*, etc.).

Con este aparato se expresa una aprehensión muy personal de la duración vivida. De ahí resulta una dialéctica de una tenuidad extraordinaria, cuya exigencia crucial parece ser, para toda antítesis de la experiencia vivida, la discordancia y la disimetría discursiva, y que, a través de síntesis inaprehensibles, nos conduce del *impulso vital* –primera dirección aislada en el devenir– al *impulso personal* –correlativo de la obra– y a la *acción ética* –término último, pero cuya esencia es totalmente inherente a la propia estructura del porvenir (cf. p. 112)–.

Asimismo ese impulso, puramente formal, mas creador de toda realidad vital, es para el Sr. Minkowski la forma del porvenir vivido. Esta intuición domina toda la estructura de la perspectiva temporal. La restauración de la virtualidad espacial que la experiencia nos revela desde esta perspectiva, será toda la obra perseguida. Exige la intrusión fecundadora, en el porvenir, de pares ontológicos –“el ser o varios”, “el ser una parte elemental de un todo”, el “tener una dirección”– para que se engendren esos *principios* a los que su irracionalismo, debidamente controlado en su nacimiento, sirve de estado civil: *principio de continuidad y de sucesión, principio de homogenización, principio de fraccionamiento y demás*. A decir verdad, la fisura, mas fundamental, de semejante deducción irracional, aparece en la unión del impulso vital con el impulso personal, que, a nuestro parecer, exige la intromisión [*immixtion*] de un dato intencional concreto, absolutamente desconocido aquí. Nos parece un reto la tentativa, ni siquiera disimulada, de hacer surgir de una pura intuición existencial el *superyó* así como el *inconsciente* del psicoanálisis, “niveles” indiscutiblemente vinculados al relativismo social de la personalidad. Ese intento parece el producto de una especie de automatismo filosófico, cuya expresión debemos captar como un dato fenomenológicamente analizable de por sí, como podemos hacerlo con los grandes sistemas de la filosofía clásica. La exclusión de todo saber fuera de la realidad vivida de la duración, la génesis formal de la primera certeza empírica en la idea de la muerte, del primer recuerdo en el remordimiento y de la primera negación en el recuerdo, son diversas intuiciones presagiosas que expresan más bien los momentos más elevados de una espiritualidad intensa antes que los datos inmanentes al tiempo que “uno” vive.

⁽⁴³⁰⁾Aludimos a una de las referencias familiares de la filosofía de M. Heidegger, y sin duda, los datos de esta filosofía –ya respirables a través del filtro de una lengua abstrusa y de la censura internacional– nos han planteado exigencias que se encuentran mal satisfechas aquí. En una nota de la página 16, el Sr. Minkowski declara que ignoraba el pensamiento de este autor cuando el suyo ya había cobrado su forma decisiva. Dada la situación excepcional en la que lo ponía su doble cultura (puesto que, según insiste, escribió sus primeros trabajos en alemán), puede lamentarse que no se le deba el haber introducido, en el pensamiento francés, el enorme trabajo de elaboración adquirido en estos últimos años por el pensamiento alemán.

Un desconocimiento menos sistemático de Freud no habría censurado del grupo de sus intuiciones fundamentales la *resistencia*, así como los aspectos hasta primarios de la enseñanza heideggeriana también lo habrían invitado a admitir en ellas el *aburrimiento*, como mínimo a no rechazarlo de entrada como un fenómeno negativo. Nos parece que las consideraciones muy seductoras sobre el olvido, concebido como una característica fundamental del fenómeno del pasado, también se oponen demasiado sistemáticamente a los datos clínicos mejor establecidos por el psicoanálisis. Por último, nos parece que la noción de *promesa*, pivote real de la personalidad y que debe presentarse como su garantía, es demasiado desconocida, así como es demasiado intransigente autenticar el *impulso personal* sólo con la imprevisibilidad y lo irreductiblemente desconocido de su objeto.

Sin embargo, tantas tomas de partido nos ofrecen análisis parciales admirables en ocasiones. La original concepción de la espera como antítesis auténtica de la actividad (en lugar de la pasividad, “como lo querría nuestra razón”) es ingeniosa y exigida por el sistema. La estructura fenomenológica del deseo es valorizada hasta el grado mediato de las relaciones con el porvenir. Por último, se nos ofrece una obra maestra de penetración en el análisis de la plegaria: sin duda, allí está la clave del libro, libro espiritual, cuya efusión se derrama toda en un diálogo que no podría expresarse fuera del secreto del alma. Que ninguna inquisición dogmática intente atacar sus postulados: a las preguntas por la naturaleza del interlocutor, responderá como a aquéllas por el sentido de la vida y como a aquéllas por el sentido de la muerte: “Existen problemas que requieren ser vividos como tales, sin que su solución consista en una fórmula precisa” (p. 103) y: “Casi querría decir: si en verdad no hay nada después de la muerte, esto sólo es verdad mientras uno conserve esa verdad en sí mismo, mientras la conserve celosamente en el fondo de su ser”.

Estamos en plena confianza: sin embargo, esas confidencias son confesiones. En un tiempo en el que el espíritu humano se complace en afirmar las determinaciones que proyecta sin cesar sobre el porvenir, no en la forma aquí desprestigiada de la previsión, sino en la forma animadora del *programa* o el *plan*, ese repliegue “celoso” distingue una actitud vital. No obstante, ésta no ⁽⁴³¹⁾podría ser radicalmente individual, y lo confidencial, en el capítulo siguiente, revela ser confesional: la huella radicalmente evanescente de la *acción ética* en la trama del devenir, y la asimilación del *mal* en la

obra, nos remiten a los arcanos de la meditación de un Lutero o un Kant. ¿Quién sabe, más lejos quizá, adónde el autor nos arrastra? El alma última de ese largo himno al amor, que el ojo iluminado “escruta” sin cesar, de ese largo llamado al “arrojarse” que retorna en cada página, de ese enigma mimado: “¡Si supiésemos qué quiere decir elevarse hacia arriba!” (p. 87 *et passim.*), nos la ofrece el impulso que anima todo el libro, si finalmente conseguimos captarlo de un solo vistazo.

En efecto, no es una paradoja menor de ese largo esfuerzo por desespacializar el tiempo, siempre falseado por la medida, el que sólo pueda proseguirse a través de una larga serie de metáforas espaciales: *despliegue*, carácter *súper*-individual, *dimensión en profundidad* (p. 12), *expansión* (p. 76), *vacío* (p. 78), *más lejos* (p. 88), *rayos de acción* (p. 88) y, sobre todo, *horizonte* de la plegaria (p. 95 ss.). La paradoja desconcierta e irrita hasta que el capítulo final da su clave, en la forma de la intuición –a nuestro juicio, la más original de este libro, aunque apenas alimentada, a su término–, la de un espacio distinto que el espacio geométrico, a saber, opuesto al espacio claro, marco de la objetividad: el *espacio negro* del andar a tientas, de la alucinación y de la música. Cotejémoslo con sorprendentes exclamaciones como ésta (p. 56): “Una prisión, aunque se confundiera con el universo, me resulta intolerable”. Creemos poder decir sin abuso que finalmente hemos sido llevados a la “noche de los sentidos”, a la “oscura noche” del místico.

La ambición, primero enigmática para el lector, al examen revela ser la de la ascesis; la ambigüedad de la obra, la del objeto sin nombre del conocimiento unitivo.